# Imaginario íntimo-filial y narrativa actual

Manuel ÁLVAREZ PASTENE
Universidad de Chile

**Resumen:** El análisis revisa los imaginarios comunitarios de carácter filial en una parte de la narrativa chilena reciente, pone atención en las relaciones filiales representadas, las que se muestran como parte importante del conflicto identitario de los sujetos en el presente. Se propone de esta manera que la infancia se perfila como un punto de vista privilegiado que permite comprender al sujeto en el presente, como otro testigo del pasado; un sujeto que recuerda y visualiza episodios que develan mucho más desde este punto de vista privilegiado.

**Palabras clave:** Narrativa chilena, imaginario intimo-filial, narrativa e identidad, experiencia y comunidad imaginada.

Este trabajo analiza los imaginarios comunitarios de carácter filial que son evidentes en una parte importante de la narrativa chilena reciente, y atiende particularmente a los relatos *Dile que no estoy* (2007) de Alejandra Costamagna, *Formas de volver a casa* (2011) de Alejandro Zambra, *Camanchaca* de Diego Zúñiga (2012) y al volumen de cuentos *Qué vergüenza* (2015) de Paulina Flores, textos representativos de un corpus mayor que en la narrativa actual tematizan principalmente las relaciones filiales, la vida íntima, el pasado personal y las experiencias de infancia y adolescencia. Estas experiencias se muestran como parte importante del conflicto de los sujetos en el presente, es decir, los definen, o están siendo parte de un proceso identitario, por lo que se constituyen como instancias formativas a las que acuden en el presente como un punto de inflexión en la formación de un o unos sujetos. Dichas experiencias se vinculan, además, a la dictadura y la transición democrática como espacios-tiempos bajo los cuales se despliega una memoria personal que apela a un colectivo mayor, es decir, una identificación generacional en el presente.

En estos relatos, la familia –su quiebre– y la infancia destacan en cuanto temas elaborados como parte del crecimiento de los personajes representados. Por ello, aquí se entiende que estos relatos perfilan a la infancia como un punto de vista privilegia-

do que permite comprender al sujeto en el presente. Unos sujetos que se construyen como un otro testigo –y víctima– del pasado; un sujeto que recuerda y visualiza episodios que develan mucho más. Pareciera que la infancia se considera un punto crítico para la comprensión de la experiencia –la personal y la de los otros, pero también la histórica–, desde la "lucidez infantil", es decir, desde la perspectiva de niños que ven lo que otros no, niños que se percatan y decodifican el mundo de una manera especial, sin asumir el privilegio de la posición que permite entrever lo heredado.

Aquí se apunta a entender que los relatos que responden al imaginario filial pretenden una toma de conciencia en la que la experiencia personal se modela para entregar pertenencia en el presente. De ahí que reconfigurar el pasado termine en una cristalización en la que el pasado pierde su condición temporal asumiendo una estructura espacial, la que busca una identificación transversal o generacional de aquellas experiencias por parte del lector; proyectando un sujeto en una constante trayectoria de victimización en el presente, el niño que sigue siendo, pero que desde aquel punto cambió.

En la producción narrativa chilena actual destacan algunos imaginarios comunitarios que se determinan por el mayor o menor grado de filiación que los sujetos representados en ella puedan tener[1], desde el núcleo familiar concreto, pasando por relaciones afectivas naturales y sociales (parejas, amistades), a afiliaciones voluntarias (militancias, credos, trabajo, hábitos, consumos, residencias, etc.), y también algunas de carácter circunstancial, resultado de la socialización y la experiencia compartida en diferentes espacios físicos y culturales. En términos amplios estos imaginarios se entienden y representan por medio de relaciones de contacto y dependencia de unos sujetos con otros y muestran ideas de lo colectivo dentro de un amplio horizonte de posibles realizaciones o experiencias comunes enmarcadas dentro de la comunidad imaginada más extensa, para nuestro caso, el medio nacional del presente.

El proceso histórico y social que se inicia con la dictadura interrumpe la trayectoria republicana –meritocrática mesocrática– del estado del chileno; es la interrupción del imaginario republicano que dio sentido a un desarrollo social y subjetivo al alero del Estado, el que poco a poco mediaba con las clases populares y permitía su ingreso a los planos sociales medios; ese proceso, producto de la primera mitad del breve siglo XX, desaparece. Desde ahí hasta el presente la sociedad chilena y el proceso cultural de la postdictadura implementa un relato de avance y desarrollo –siempre en vías–, moderno y veloz; cuyos íconos son las autopistas urbanas de alta velocidad con cobro de peaje automático, el acceso a tarjetas bancarias, créditos y masiva presencia de cajeros automáticos, el acceso al viaje aéreo en territorio nacional e internacional y, por último, una extensa red metropolitana de metro. Sin embargo, es un relato que no puede retomar aquel trayecto anterior de una modernidad mesocrática y orientada a la garantía de derechos que permitan un mayor vínculo de los sujetos que lo integran; por consiguiente, el Estado cambia y su pedagogía en el ámbito del desarrollo ciudadano se resquebraja.

[1] Filiación en el sentido del tipo de relación que establece Said (2004), aquella que se mantiene bajo lazos y formas de autoridad que incluyen temor, obediencia, amor, respeto, etc. Una forma vinculada más al dominio de la naturaleza en contraposición a las formas afiliativas, relacionadas con conciencia de clases, de gremio, profesionalización y una forma hegemónica expresada en cultura dominante.

Published in : M. Areco, F. Moreno, C. Quintana (dir.), *Narrativa chilena actual. Dictadura, neoliberalismo, subjetividad y textualidad*, Editions des archives contemporaines, ISBN: 9782813003966, doi: 10.17184/eac.9782813003966

De esa forma, la condición de pueblo, su cultura y su unidad no responde –o poco a poco deja de hacerlo– a una integración nacional en la que su condición individual es recalcada y es explotada por medio de un principio de suficiencia, de autovalencia, de emprendimiento. En caso de fracasar dicho proyecto, el repliegue es a la familia, al espacio más íntimo de la nación. Los otros espacios sociales no transcienden, se vuelven lenguaje de pocos, lenguajes de la élite. El proyecto de horizonte social no trasciende porque los sujetos solo avizoran incerteza en el porvenir, con ello el sentido del día a día y el "fin último" del conjunto social se pierde. Es propósito de este análisis entender cómo es que este proceso tiene injerencia y se representa en las experiencias colectivas y subjetivas de la narrativa chilena del momento[2].

Aquí es cuando el concepto de Benedict Anderson (2007) de comunidad imaginada toma relevancia para la propuesta. El contexto antes presentado apunta a entender que los sujetos y sus identidades se encuentran en constante construcción por una selección de múltiples posibilidades a las que tienen alcance dadas sus posiciones en el entramado social. Ellos se desenvuelven dentro de espacios que están conformados por medio de relatos que dialogan con aquellas subjetividades –positiva o negativamente–, convirtiéndose en marcos integrativos que otorgan sentido por medio de significaciones o imaginarios colectivos y, con ello, posibilidades de identidad y pertenencia. Cuando Anderson plantea a la nación como un artefacto cultural, pues es imaginado y, por tanto, no es efectivo el conocimiento concreto de cada uno de sus miembros, está apuntando a lo que Grínor Rojo (*Globalización…* 2006) considera una conciencia diferenciadora de la misma. Las comunidades imaginadas son limitadas tanto en el número de miembros que pueden integrarla, como también en términos de su capacidad de extensión simbólica, ya que la comunidad imaginada se sirve de un conjunto de ritos, signos y símbolos que arraigan la idea o noción de un pasado y cultura compartida que inevitablemente incluye y excluye dentro de una línea de continuidad. Y, por ello, los límites de lo imaginado están dados, en un principio, por las normas de convivencia

[2]El informe del PNUD de 1998 *Desarrollo humano en Chile: Seguridad Humana* y el informe de 2002 *Nosotros los chilenos: un desafío cultural,* constatan la distancia producida entre los procesos modernizadores relacionados al mercado y el impacto de ello en la vida cotidiana y la sociabilidad. En esos momentos se evidencia un malestar cultural que se debe a que los sujetos perciben los mecanismos de seguridad como ineficientes e insuficientes, pues se distribuyen de forma desigual. La supremacía en la modernización económica afecta a la subjetividad individual y colectiva y se expresa en el temor a la exclusión, el miedo al otro y el sin sentido, su efecto será una retracción social al espacio familiar y lo íntimo, en tanto defensa y refugio. Más tarde, la globalización, la individualización, el mercado y las nuevas tecnologías tienen un rol predominante en la sociedad chilena y se expresan en una mercantilización y masificación de bienes culturales. A su vez, la subjetividad se encuentra en conflicto con el sentido de herencia y pertenencia, respecto del pasado (conflictivo), mientras que avizoran un débil diseño del futuro, pues el discurso que pone valor en los individuos definidos por sí mismos y sus objetivos, no dispone de recursos sociales para llevarlo a cabo, de ahí que sean propensos a la retracción social. El informe *Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo* (2012) pone énfasis en el horizonte de la felicidad de los chilenos y puntualizaba la distancia entre subjetividad y aquello que valora u otorga sentido. Específicamente, se traza que el malestar en la cultura radica en la necesidad de medir el desarrollo más allá de lo económico, por lo que hay que rediscutirlo como también al horizonte de bienestar subjetivo como fin. El problema sería, una vez más, que los sujetos perciben que se desenvuelven en una sociedad que no dispone de fuentes de sentido y apoyo suficiente para orientar la construcción de individuos empujados a crear identidades autónomas. De esa forma, finalmente, el informe *Los tiempos de politización* (2015) estableció que en la sociedad chilena se entró en un proceso de reformulación de lo político en gran medida por los diferentes procesos de movilizaciones de últimos años, que han permitido comprender lo colectivo de forma menos atomizada o sectorial, con efectos en lo social y público. Por ello empieza una reconfiguración de lo que puede y debe ser decidido colectivamente, la politización se hace presente como un proceso en pugna en la sociedad chilena, entre subjetividades que buscan expandir los horizontes de lo social y quienes buscan limitar o contener dichos cambios.

Published in : M. Areco, F. Moreno, C. Quintana (dir.), *Narrativa chilena actual. Dictadura, neoliberalismo, subjetividad y textualidad*, Editions des archives contemporaines, ISBN: 9782813003966, doi: 10.17184/eac.9782813003966

que los sujetos tienen efectivamente, que permiten entender a las comunidades imaginadas como formas de afiliación social y, siguiendo a Rojo, como tipos de identidad particular, que en un principio básico tendrían una característica contractual.

De esa manera, las formas de filiación se encuentran limitadas por diferentes discursos, tópicos y temas que las determinan en tanto ellas se guían bajo las premisas de diferentes matrices de sentido, que se han construido en su circulación en el marco histórico, social y cultural que se expresa en el plano de lo público. Así, la realización de estas filiaciones se encuentra delimitada por los momentos y espacios específicos en que se llevan a cabo, y además por el tejido discursivo en el que se expresan dentro de la realidad.

La relación de aquellos imaginarios colectivos y estos ejes sociodiscursivos se halla en tensión permanente, dado que la conformación de los primeros posibilita la idea y representación de los segundos; es decir, son matrices de sentido que permiten anclar posibilidades de relatos sociales identitarios. Se entiende de esta manera que la comunidad imaginada está "siendo" imaginada por alguien de forma constante, quien impone su significado y sentido en un amplio campo de desarrollos discursivos, en constante disputa. Un sentido que puede o no ser compartido por otros sujetos, que se posiciona más o menos hegemónicamente en el relato social dado su carácter representativo y las fuerzas de poder que están constantemente movilizando las fronteras de las ideas en el plano público, repercutiendo en sus experiencias particulares materiales.

De esa forma, los imaginarios comunitarios de la narrativa de las primeras décadas del siglo XXI se presentan por medio de una gama de posibilidades, que oscila entre núcleos concretos de relaciones afectivas. Por una parte, familia y las relaciones de sus miembros, pareja y amigos; por otra, agrupaciones mayores que se asumen en términos de experiencia compartida –voluntaria o involuntaria– y que integran o excluyen a los sujetos de diferentes marcos colectivos de significación social, es decir, clase, género, ciudadanía, profesionalización, oficio, estudios, orientación sexual, ideología política, etc.

En esta misma línea la narrativa chilena construye marcos de integración generacional, es decir, aquellos que operan como una lectura de la experiencia histórica, limitada por la vida de unos sujetos –su nombre, su posición, origen, nacimiento con fecha si es posible, etc.–, en el desarrollo de la historia chilena reciente. Se observa que este marco tiene una extensión amplia en el horizonte de los discursos sociales y en la actualidad se expresa mucho en lo que, a falta de mejor término, es una constante "querella generacional". Denominaciones como generación X, Y o Z; generación perdida o *boomers*, *millenials* o *centennials*, tienen presencia como fenómeno discursivo en el plano público y en el campo cultural y acarrean una serie significativa de juicios y valores –positivos y negativos–, que son agregados a cada una de ellas, pero también acarrean experiencias históricas que las validan y posicionan en el entramado social del presente.

En este despliegue de imaginarios, destaca el que representa a la familia y la vida en pareja, cuya característica principal está ligada mayormente –pero no de forma exclusiva– a aquello que ampliamente engloba lo íntimo-autoficcional. Este imagina-

Published in : M. Areco, F. Moreno, C. Quintana (dir.), *Narrativa chilena actual. Dictadura, neoliberalismo, subjetividad y textualidad*, Editions des archives contemporaines, ISBN: 9782813003966, doi: 10.17184/eac.9782813003966

rio se despliega en espacios físicos diversos que expresan los límites de la conciencia de los personajes, tanto en su dimensión discursiva como por la forma en que se desenvuelven en sus acciones dentro de los relatos. Dichos espacios establecen límites concéntricos –abstractos y físicos– para las comunidades –entiéndase un auto, una casa, una localidad, un barrio, un pueblo o la ciudad, el país, pero también la clase social, la identidad de género, la religión, el trabajo, la genealogía, el oficio. De esta manera, las vinculaciones además están cruzadas por tensiones permanentes que perturban y trastocan su constitución, condicionando las experiencias particulares que se realicen en aquellos límites; muestran, entonces, sus posibilidades como también sus fracasos, sus perversiones, fragilidades y/o ambigüedades.

Aquello apunta a que los imaginarios que operan desde la filiación se expresan no solo por la conformación y/o conflictos entre aquellas relaciones íntimas base, sino también lo hacen en los marcos integrativos –institucionalizados, simbólicos y ritualizados– en que esas relaciones se llevan a cabo y se delimitan. Ellos evidencian qué o cuáles son los diferentes aspectos sociales y culturales que influyen en las posibilidades de inclusión y exclusión de los sujetos a marcos mayores que el núcleo filial. Sus prácticas los sitúan dentro de comunidades, declaran una pertenencia a colectivos específicos y con ello la formación de unas identidades o de algunas de las partes de las identidades de los personajes representados en los relatos.

Paradigma en este sentido es la novela *Formas de volver a casa* y la conciencia narradora presente en ella cuya experiencia es ajena a la compartida por sus compañeros de universidad. Uno de los momentos del relato, uno por el que más se conoce a la novela además, nos dice:

> Soy hijo de una familia sin muertos, pensé mientras mis compañeros contaban sus historias de infancia. Entonces recordé intensamente a Claudia, pero no quería o no me atrevía a contar su historia. No era mía. Sabía poco, pero al menos sabía eso: que nadie habla por los demás. Que aunque queramos contar historias ajenas terminamos siempre contando la historia propia (Zambra 105).

Esta conciencia destaca la importancia que tiene para este imaginario en particular la construcción del relato en términos de una memoria, un testimonio o los límites de su posibilidad; de modo que la experiencia personal se modela y entrega –o no– una pertenencia en el presente.

Esto último es, por ejemplo, el entredicho en el que se encuentra el protagonista de la novela de Alejandra Costamagna *Dile que no estoy*, al que la voz narradora describe de esta manera:

> Pero sepan que Lautaro no está muerto. Pueden haberse acostumbrado otra vez al soplo helado de la brisa en Calbuco, a la poca luz de las calles y hasta a esa especie de chubasco que parece acompañar las voces de sus habitantes cuando dicen hola, quiubo. Pero está vivo, y en sus planes no figura ni de lejos la idea de cargar una maleta, abordar el bus a Puerto

Published in : M. Areco, F. Moreno, C. Quintana (dir.), *Narrativa chilena actual. Dictadura, neoliberalismo, subjetividad y textualidad*, Editions des archives contemporaines, ISBN: 9782813003966, doi: 10.17184/eac.9782813003966

> Montt, subir a un avión y cruzar la mitad de Chile: andar mil kilómetros en un par de horas. O en último caso ir a la estación de Puerto Montt y subir a un bus grande, con asientos declinables y juego de bingo, y pasar muchas horas sentado en la misma postura mirando praderas y montes hasta llegar a Santiago, tal como Miguel hace más de quince años ¿Para qué? ¿Por qué? (Costamagna 14).

Para el protagonista el viaje no solo perfila sus límites geográficos, también los límites de su experiencia. La repetición de una experiencia, negar su posibilidad, como algo que no tiene nada que entregar. Se niega a buscar en esa experiencia algo que pueda ser legado para su presente, su negación radica en que su presente se debe a aquello que está atrás y que la novela de forma intercalada nos hace llegar al presente a través de una conciencia focalizada en Lautaro. El viaje en este caso marca la relación nuclear padre e hijo y marca la continuidad de una genealogía que se disuelve entre aquel primer viaje y el que ahora es solicitado. Esto señala, finalmente, dentro del relato, la diferencia entre ambos momentos y la construcción del protagonista en términos de su masculinidad.

De esta manera, los imaginarios filiales en los que se hace hincapié son aquellos que representan relaciones nucleares, la vida íntima y ciertas experiencias de infancia y adolescencia que se muestran como parte importante del conflicto de los personajes en el presente. Todo ello está acompañado de un desarrollo subjetivo vinculado a unas épocas determinadas: la dictadura y la postdictadura. Esta es una de las matrices principales del desarrollo narrativo actual en el que, junto a los ya mencionados *Dile que no estoy* y *Formas de volver a casa*, también considero la novela *Camanchaca* de Diego Zúñiga y el volumen de cuentos *Qué vergüenza* de Paulina Flores como algunos de los relatos que se pueden incluir dentro de esta caracterización.

En los textos que se construyen desde este imaginario, las relaciones familiares atraviesan el relato; y los narradores y personajes se constituyen enfrentándose a los silencios, las complicidades y los quiebres que se generan dentro de ese espacio. En él diferentes experiencias son sometidas a escrutinio, normalmente bajo la perspectiva de un adulto recordando ser un niño o un joven. El espacio familiar se enmarca en el pasado-presente histórico, con efectos en las relaciones personales y las condiciones materiales de las que disponen los personajes. Estas últimas no necesariamente tienen un correlato textual con el pasado histórico dentro de los relatos, más bien tienden a evidenciar discursos de correlato neoliberal –el mercado– y también se presentan como consecuencia de políticas y discursos modernizadores de los últimos treinta años.

De esa manera, la infancia-adolescencia memoriosa se encarna en los personajes y en la narración, no tanto en términos de un eje articulador como habría sido el niño o joven que era testigo de la modernidad en el siglo XX, aquel que tenía visión del relato histórico que avanza, sino más como un punto de vista privilegiado que permite comprender al sujeto en el presente, otro testigo del pasado, un sujeto que recuerda y que en momentos particulares visualiza episodios que develan mucho más. Desde el recuerdo, estos infantes memoriosos configuran un espacio en que diferentes figuras del núcleo familiar se ven representadas y dispuestas para su revisión:

Published in : M. Areco, F. Moreno, C. Quintana (dir.), *Narrativa chilena actual. Dictadura, neoliberalismo, subjetividad y textualidad*, Editions des archives contemporaines, ISBN: 9782813003966, doi: 10.17184/eac.9782813003966

> Lo que voy a contar sucedió el último verano de mi niñez, o lo que yo entiendo por mi niñez, como un estado inconsciente e instintivo, justo antes de que mi vida cambiara o tomara un rumbo definitivo. Antes de que mi hermano mayor perdiera su pie izquierdo, me fuera a vivir con mi mamá, dejara el liceo y que el resto de los hechos siguiera el camino que hizo de mi vida lo que es. Un destino evidente para todos los que me rodeaban –y que no consideraban nada bueno–, pero que al final, fui yo quien decidió tomar. Pero es que tiene sentido para mí contar las vacaciones de ese verano. Creo que fueron ellas las que, en gran medida, aunque también inconscientemente, moldearon mi decisión (131).

Estas palabras del narrador de "Últimas vacaciones", cuento de Paulina Flores, son un ejemplo para entender la perspectiva de un adulto recordando el niño que fue y que de paso busca explicar la relación subjetiva con el pasado en su momento presente, en términos de lo filial y también de lo social. Un ejemplo de cómo la infancia se construye como un punto de vista crítico para la comprensión de la experiencia desde la lucidez y focalización que permiten otros espacios –rincones, segundos planos, asientos traseros como apunta Lorena Amaro (2014)–, con los que se busca entrever u ordenar aquello que genera "ruido" en el presente.

El citado volumen de cuentos *Que vergüenza* es muy representativo en este sentido. El conjunto aborda un presente, a veces en un pasado reciente, en el que sus narradores exponen un momento particular de la infancia, una experiencia personal que significó el inicio del proceso de cambio en la construcción de un sujeto y su identidad. A veces expresada en el presente del o de la protagonista, otras veces mediante una tercera persona algo hermética, solo concentrada –o limitada– en una conciencia y sus impresiones. Por ejemplo, el primer cuento del libro señala:

> Simona quedó paralizada, con los ojos llenos de lágrimas. Su cuerpo tiritaba y creyó que el mundo se le venía encima, y que ella no podría cargar sola con él. Porque estaba sola. Se había equivocado. Había cometido un error terrible. Había avergonzado a su padre, y él nunca la perdonaría. Nunca la perdonaría. No volverían a cantar canciones, no la sorprendería con cosquillas. Lo había arruinado, se dijo, y justo cuando sentía que todas las tristezas de la tierra caían sobre su cabeza, apareció frente a ella el rostro redondo de su hermana pequeña. Tenía los ojos muy abiertos, desconcertados, temerosos. Y entonces Simona la observó. Observó a su hermana como nunca antes lo había hecho, y sintió lastima por ella, aún más lastima de la que sentía por sí misma. Porque sabía que su hermana no comprendía lo que pasaba y ella sí. Esa tarde no habría papas fritas. Y eso bastó, eso fue todo. La tomó de la mano, firmemente, y así emprendieron el camino a casa, siguiendo los pasos de su padre, Bellavista abajo (23).

Se aprecia en este fragmento un momento de ruptura, de toma de conciencia por parte de la protagonista, gracias a la que finalmente se adentra en el relato cultural

Published in : M. Areco, F. Moreno, C. Quintana (dir.), *Narrativa chilena actual. Dictadura, neoliberalismo, subjetividad y textualidad*, Editions des archives contemporaines, ISBN: 9782813003966, doi: 10.17184/eac.9782813003966

y social. La figura del padre que subjetivamente es representado en el relato por su cesantía y el quiebre en las relaciones conyugales; sumado a una figura materna que constantemente ejerce un rol de seriedad, exigencia y madurez, esperando el cumplimiento de parte de la figura masculina para con su rol. Para la protagonista la culpa y ese cambio de estado subjetivo surgen por dejar en evidencia la degradación del padre, la carga del rol parental y la frustración de un sujeto impedido para demostrar o cumplir con lo que se espera de él y que una vez más fracasa al escuchar a su hija y presentarse a un casting comercial. La "vergüenza" deviene del padre, quien efectúa ese reconocimiento también. La hija lo advierte y desde ahí proviene su construcción en el presente narrativo. La claridad del episodio redunda en la constitución de la narración –la lucidez. Desde este punto deja la infancia atrás y entra a un plano que la hermana menor no entiende, es el punto de no retorno.

De esta manera, aquí se apunta a entender que los relatos que responden al imaginario filial, sobre todo aquellos que se concentran en las etapas de la infancia y adolescencia, involucran una toma de conciencia mediada por experiencias particularidades –tanto en sus condiciones psicológicas como materiales–, las que denotan un punto de inflexión desde el cual, por medio del recuerdo y la apertura espacial del pasado, el sujeto del presente perfila su identidad en un marco actual.

En *Camanchaca* de Diego Zúñiga hay dos momentos aclaradores que operan de esta forma y se entrelazan. El primero es el nudo del relato, el abuso del que es objeto el protagonista por parte de su madre y que se anticipa de la siguiente manera:

> Esa noche habló de mi papá y de lo sola que se sentía. Apagó la luz y nos quedamos a oscuras. Me dijo que yo no tenía idea lo que significaba quedarse sola. Porque tú te vas a ir, dijo ella, tú vas a agarrar tus cosas y te vas a ir. No lo sé, respondí mientras ella se pasaba las sábanas por el rostro. Era un gesto lento y torpe. Me dijo que nadie iba a querer a una mujer como ella y me volvió a pedir que la abrazara fuerte. Le hice caso y se quedó en silencio. Sentía su vientre abultado contra el mío. Me pidió que le hiciera cariño en el pelo, y yo, una vez más, le hice caso (66).

A este punto de tensión se le suma el inicio de la novela, ese primer acto del narrador, una enumeración de los autos del padre –una genealogía– con la que se nos introduce en el viaje que el protagonista realiza en el presente y con el que, a su vez, se cierra el relato:

> El primer auto que tuvo mi papá fue un Ford Fairlane, del año 1971, que le regaló mi abuelo cuando cumplió quince años. El segundo fue un Honda Accord, del año 1985, color plomo. El tercero fue un BMW 850i, azul marino, del año 1990, con el que mató a mi tío Neno. El cuarto es una camioneta Ford Ranger, color humo, en la que vamos atravesando el desierto de Atacama (11).

El auto guarda una relación directa con la historia familiar, una historia silenciada de la que el protagonista precisamente le reclama los pedazos a la madre en sus sesiones

Published in : M. Areco, F. Moreno, C. Quintana (dir.), *Narrativa chilena actual. Dictadura, neoliberalismo, subjetividad y textualidad*, Editions des archives contemporaines, ISBN: 9782813003966, doi: 10.17184/eac.9782813003966

de conversación mientras duermen juntos. Los pedazos que le permitan completar una historia negada, la oportunidad de entender y pertenecer, específicamente por medio del episodio de la muerte del tío. Pero no sin un costo: ese silencio también llevará al protagonista a tener que escribir, borrar y omitir, es decir, a tener su propio silencio en la genealogía. El auto se construye como marca, es el punto de inicio y al mismo tiempo el punto de no retorno, desde el que al final del recorrido de la infancia y la adolescencia se sellará el silencio al no confesar al padre el episodio de abuso sexual que tiene con su madre. La continuidad del silencio, la continuidad del viaje que esquiva a los muertos en una carretera, atiende al conflicto psicológico del personaje respecto a su constitución identitaria alrededor de todo el relato, pues es el pilar de la genealogía familiar: lo callado.

El inicio de la novela también lleva a tomar en cuenta las condiciones materiales bajo las que se constituye el núcleo familiar y, por supuesto, la relación de construcción de masculinidad que establece el protagonista por medio del auto, marca de la relación padre-hijo. Una relación automotriz que, por cierto, comparte con Zambra en *Formas de volver a casa,* cuyo protagonista señala:

> Después del Peugeot 404 mi padre tuvo un 504 azul pálido y luego un 505 plateado. Ninguno de esos modelos circula ahora por la avenida.
>
> Miro los autos, cuento los autos. Me parece abrumador pensar que en los asientos traseros van niños durmiendo, y que cada uno de esos niños recordará alguna vez, el antiguo auto en que hace años viajaba con sus padres (164).

En ambos casos la relación con el auto es prácticamente genealógica. Nos hablan de los autos del padre –nunca el auto de la madre– y se evidencia la óptica del hijo desde el rol de pasajero, a diferencia de lo que sucedía en otras expresiones literarias y culturales en las que el auto fue una forma de reafirmación de la independencia juvenil, el viaje y el peligro. Aquí se ve en cambio su aparición como núcleo aglutinador de la familia y no cualquiera, si es analizado materialmente. Es decir, el automóvil opera como marca de clase, una marca en la que está resonando el eco del discurso de la dictadura y los resultados materiales que vendrían del neoliberalismo para el espacio familiar al final de ese período.

Además, el automóvil es un objeto facilitador de "instancias formativas", como fue mencionado antes dentro de la descripción de este imaginario filial. El auto es una de las herramientas principales que permiten al paseo y al viaje configurarse como situaciones significativas que definen la experiencia familiar cotidiana en este imaginario; recuerdos importantes, espacios reapropiados por la conciencia adulta. Sin embargo, no involucra el control de parte de los personajes, no son ellos quienes conducen, el que conduce es el padre, ellos solo cuentan mientras recuerdan. Esa experiencia se sigue extendiendo espacialmente como condición determinante para la constitución identitaria y subjetiva de los personajes en el presente.

Esta lectura pretende mostrar las maneras en las que opera una parte de la narrativa actual, aquella que, concentrada en el núcleo familiar, propone una reconfiguración

Published in : M. Areco, F. Moreno, C. Quintana (dir.), *Narrativa chilena actual. Dictadura, neoliberalismo, subjetividad y textualidad*, Editions des archives contemporaines, ISBN: 9782813003966, doi: 10.17184/eac.9782813003966

del pasado. De ella surge un nuevo actor -el que se entiende secundario, y confía lo que pueda a la memoria, y emerge una cristalización en la que ese pasado pierde su condición temporal para asumir una estructura espacial continua y determinante en el presente. Esta perspectiva encarnada en el infante memorioso abre el panorama desde los rincones de la intimidad y también de los espacios públicos, por medio de experiencias específicas que poco a poco buscan una identificación transversal y solidaria común.

Esta caracterización los diferencia un poco de otras construcciones filiales que se observan en los relatos chilenos actuales que apelan a determinantes de tipo genealógico como *No aceptes caramelos de extraños* (2013) de Andrea Jeftanovic, *Tony ninguno* (2016) de Andrés Montero, *Mentirosa* (2012) de Yuri Pérez y *Ramal* (2011) de Cynthia Rimsky. Relatos en los que las familias se expresan en términos tribales, sanguíneos, a veces dinásticos, siempre tradicionales; como el peso del legado de los antepasados y la continuidad del mismo, su pertenencia a espacios geográficos específicos, a experiencias territoriales y experiencias migratorias, etc. Comparten, sin embargo, un imaginario conflictivo que rige o limita a los sujetos con una carga moral importante, pues también se encuentran enfrentados a la tradición y su carga simbólica dentro del núcleo familiar, la cual, expresada patriarcal o matriarcalmente, se muestra más como un legado que exige de los sujetos en el presente, es demandante de una conciencia de continuidad, una memoria primigenia que se impone determinando los espacios y posibilidades de pertenencia del sujeto y su experiencia identitaria. Este último tipo de relatos se diferencia de los que hemos revisado en este artículo, en la medida en que en ellos la memoria está en función de una época específica, una que condicionó las relaciones y el desenvolvimiento de los protagonistas en el espacio familiar, desde una inflexión que despliega un pasado abordado desde la lucidez encubierta del presente.

## Referencias

Amaro, Lorena. "Formas de salir de casa, o cómo escapar del Ogro: relatos de filiación en la literatura chilena reciente". *Literatura y lingüística*, Nº 29 (2014): 96–109.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: Fondo de cultura económica, 2007.

Costamagna, Alejandra. *Dile que no estoy*, Santiago: Editorial Planeta, 2007.

Flores, Paulina. *Qué vergüenza*, Santiago: Hueders, 2015.

PNUD. *Desarrollo humano en Chile. Los tiempos de politización.* Santiago: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2015.

———. *Desarrollo humano en Chile. Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo*, 2012.

———. *Desarrollo humano en Chile 2002. Nosotros los chilenos: un desafío cultural.* Santiago: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2002.

———. *Desarrollo humano en Chile. Las paradojas de la modernización.* Santiago: Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo, 1998.

Rojo, Grínor. *Globalización e identidades nacionales y postnacionales… ¿de qué estamos hablando?*, Santiago: Lom, 2006.

Said, Edward. *El mundo, el texto y el crítico,* España: Debate, 2004.

Zambra, Alejandro. *Formas de volver a casa*, Barcelona: Anagrama, 2011.

Zúñiga, Diego. *Camanchaca,* Santiago: Random House Mondadori, 2013 [1a. ed. 2009].

Published in : M. Areco, F. Moreno, C. Quintana (dir.), *Narrativa chilena actual. Dictadura, neoliberalismo, subjetividad y textualidad*, Editions des archives contemporaines, ISBN: 9782813003966, doi: 10.17184/eac.9782813003966